

EL GURRUPIE

Por Manuel de Zequeira y Arango.

Valor, señor editor, valor se necesita al tomar la péñola en estos días de tribulaciones, para los que nos ejercitamos en la noble profesión de escribir, profesión que va paulatinamente entrando en el rango de los modos de vivir que no dan con que vivir. Y digo valôr, porque ¿cómo arrostrar, sin aquella virtud, los envenenados tiros de la crítica, que se ha desatado en furibundas diatribas contra la filosófica e importante obra que V. publica con el título de Tipos cubanos?

Estoy en la íntima persuasión de que el tipo que en turno me ha cabido, ha de sufrir la misma suerte que los que tan injustamente han herido ridículas susceptibilidades, promoviendo polémicas que a nada conducen, y de las cuales solo una consecuencia se desprende, consecuencia que por injusta omitimos, convencidos, como estamos, de que no haría honor a la ilustración nunca desmentida del país.

Como quiera que sea y no faltándome la dosis de valor que se requiere para refutar toda clase de argumentos, ni la constancia de un tatarudo litigante para reclamar los daños y menoscabos que a mi tipo se le infieran, entro en materia, no sin dirigir a los zoilos una salutación parecida a la que usaban en los circenses los gladiadores del pueblo romano ¡Cesar, morituri te salutan! que quiere decir en nuestro caso, ¡Señores críticos ahora va a salir el gurrupié, cuidado como se le trata, pues no

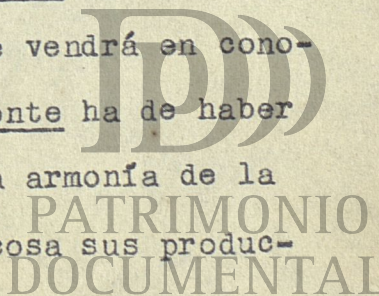
he de consentir que le mutileis, ajeis ni embadurneis a la manera que el hidalgo manchego destrozó a poder de mandobles, las figuras, del original retablo del sagaz y picaresco Maese Pedro!

Enemigos de investigaciones etimológicas, que suelen con facilidad rayar en pedantería, no entraremos de lleno en el examen del origen de la palabra gurrupié. Empero tampoco nos merece nuestro protejido, tal desden, que no hagamos una ligera reseña sobre este importante particular, pues si todas las cosas tienen su fundamento, su motivo, su porque, ¿no ha de tenerlo también nuestro tipo? Veamos, pues, el porque del gurrupié.

Viene esta palabra de la francesa croupier que significa según el diccionario de aquella academia, "Asociado secreto que lleva parte en una empresa de comercio, de hacienda, o de juego, que se hace a nombre de otro, partiendo las ganancias y pérdidas".

Debió introducirse en Cuba con la emigración de Santo Domingo, lo que no afirmaremos; siendo para nuestro propósito indisputable que las alteraciones que han sufrido así la voz, como las funciones de este tipo, han sido hijas del transcurso de los años. En efecto, el que entonces pudo llamarse croupier es ahora gurrupié, y este ni es socio anónimo, ni tiene mas obenciones que su propina.

Gurrupié significa en Cuba "El que ayuda al banquero en el juego del monte componiendo las barajas o tallando, cuando aquel se lo ordena". Por esta sencilla explicación se vendrá en conocimiento de que en cualquiera parte que haya monte ha de haber gurrupié, o lo que se le parezca, pues la sabia armonía de la naturaleza tiene señaladas a cada ser, a cada cosa sus produc-



ciones, y así si los mares y ríos dan pesca, los montes han de dar precisamente fieras y gurrupiés. Empero si es general y conocido este tipo, no tiene en ninguna parte los rasgos que en Cuba, por lo que le consideramos como uno de los modos de vivir de esta privilegiada tierra de la odorífera planta fumigable, del oro y de la fiebre amarilla.

Quede pues, altamente repostum contra los que disputar quieran sobre la carta de naturaleza de mi tipo, que el gurrupié es eminentemente cubano.

Desde niño ya dá el gurrupié marcadas señales de la afición a la carrera en que ha de ser una notabilidad. Notabilidad; ¿y por qué no? ¿No estamos en el siglo de las notabilidades?. Puede creerse satisfecho el amor propio de nadie si en su profesión no es tenido y reputado por una notabilidad?.

Dícese generalmente que en la infancia se demuestran ya nuestras inclinaciones por el gusto con que nos dedicamos en esta edad a ciertos juegos. El que con el tiempo llegára a rivalizar con los Bossuet y Massillon, juega en la niñez a predicar; el que veais mandar el ejercicio con una escoba y montado sobre otra escoba dar cargas de caballería, no dudeis que ilustrara la carrera de las armas. Pues bien: ¿qué llegará a ser ese niño que delante de una mesa pasa las horas enteras, con una baraja, combinando mil suertes dirigidas todas a que venga por delante la carta que se propone? Si no va a la escuela, si en gramática, ortografía, historia y otros estudios está atrasado, esto no obsta para nada. En sabiendo regularmente la substracción para hacer al vuelo las deducciones de las puertas, no necesita mas, y esta operación se adquiere admirablemente con la práctica.

El gurrupié no juega nunca dinero propio, y así nada arriesga pero esta circunstancia no influye para que deje de defender a sangre y fuego los intereses que se le confían, siendo en esta parte su divisa, la misma que distingue a la noble profesión de abogados. "Defienden los pleitos como propios, los sienten (cuando se pierden) como ajenos". En este último extremo no es enteramente igual la posición del letrado y la del gurrupié, pues claro es que cuando el banco pierde, no puede prometérselas tan gloriosas, como decirse suele.

Por lo regular, cada gurrupié tiene su patrono o protector, que es el que le dá el dinero para que se lo juegue, desprendiéndose de aquí la consecuencia de que la fidelidad del gurrupié es a prueba de bomba.

Su traje no se diferencia mucho del que generalmente se usa en el país, es decir, que nunca sale del pantalón de dril, chupa o levita de idem, pero con la precisa condición que los bolsillos han de ser en extremo espaciosos para poder llevar las barajas, dinero, vejiga de tabacos, etc. etc. Casaca no la usa y sí suele vérselo con el capote, pero esto solo cuando va al campo. Sombrero de paja y corbata puesta de un modo excentrico y significativo.

En los tiempos no muy remotos, en que públicamente se entregaban los aficionados al honesto recreo del monte, gozaba el gurrupié de infinitas consideraciones y ventajas que le permitian entregarse a los goces de una vida verdaderamente cómoda. Además, del gurrupeage, que era la cuota señalada por su principal y que nunca bajaba de un doblón de a cuatro, y hasta solía llegar a tres, le pertenecía de derecho uno de los dos nazos de tabacos que se ponían sobre la mesa y que estaban destinados

para los dos personajes principales de la escena. En las rifas, era de rigor que si el banco era el dichoso, lo que casi siempre acontecía, le había de tocar ya la docena de medias, ya la de pañuelos de olán, ya la cadena, ya la sortija etc. etc. No habíamos de refrescos, fruta, comidas y otros regalos de los que siempre participaba. Como las tiendas y establecimientos situados en la vecindad de una casa de juego tenían su interés en fomentar la concurrencia, ya se sabe que los dependientes se hacían un deber riguroso en obsequiar a nuestro tipo, no solo con convites de momento, sino remitiendo a su casa ciertos artículos de conocido valor y que contribuían al ensanche de las comodidades de su familia.

Otras consideraciones no menos honoríficas sino tan lucrativas, embellecían en aquellos dichosos tiempos la existencia del gurrupié. Al entrar en la casa de juego, todos le saludaban con afectuoso respeto y diríase que era un ministro que atavesaba las antecámaras de su oficina para pasar a su despacho: todos celebraban sus ocurrencias, sus chistes: en las disputas su voz era la decisiva, en los casos dificultosos su opinión se acababa y se seguía.

- ¿Qué juego se dá, decía una vez un desesperado punto ¿qué juego se dá, que yo no acierto ni por casualidad?.

- Calle derecha, respondió otro muy confiado en que había puesto el dedo en la llaga.

- No señor, exclamaba un tercero, guanajay, guanajay es el juego.

- Si, guanajay, como mi abuela, gritaba un viejecito encanecido sobre los tapetes.

- Señor de Gavilán, tenga V. la bondad de decirnos que juego se dá, dijo uno dirigiéndose al gurrupié.

Este, con cierta risita desdeñosa, que significaba su desprecio por las diferentes opiniones emitidas, exclamó: señores, nosotros no podemos decir a los jugadores el juego, pero para convencerles que ninguno sabe ni un ápice en la materia, quiero hoy prescindir de mis deberes; el juego es...

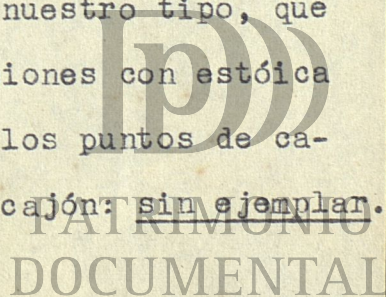
¿Qué, exclamaron todos a un tiempo...?

Pues bien, dijo el gurrupié, ahuecando la voz... el juego es... CRUCETA BOMBA!

Con la rapidez del rayo se desplegaron veinte vejigas y nuestro héroe recibió en sendos tabacos la ofrenda dirigida a su talento. Siguió barajando, recogiendo dinero, formando y alineando los montones de onzas, pagando con exactitud matemática, y dirigiendo de cuando en cuando miradas radiantes de satisfacción a los entusiasmados adeptos.

A bosquejar no me atrevo
Ni sus dedos ni sus uñas:
No se quejen las garduñas
Ni chille un cristiano nuevo.

Excusado será decir que cuando la carta viene a la puerta, sabe instantáneamente el banquero, por intrincadas que sean las puestas, la parte que le corresponde pagar a cada uno, y contra su fallo no hay nunca apelación. En las carañuelas, es decir, en el muerto levantado, que no es otra cosa que el cobro de una cantidad por el que no la ha puesto, es inexorable nuestro tipo, que sordo a toda reclamación, sigue todas sus operaciones con estóica serenidad, a menos que el reclamante sea uno de los puntos de cabecera, en cuyo caso la paga, no sin la fase de cajón: sin ejemplar.

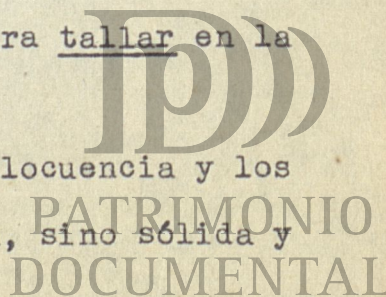


Serio, adusto, taciturno y poco amable, solo se le vé alguna vez sonreir con los puntos afortunados; privilegio que hasta en esto tienen los favorecidos por la inconstante deidad.

Legos nosotros en la materia, no podríamos dar una idea aproximada de los arcanos científicos que debe poseer un gurrupié, y en esta parte no se nos tache de haber emprendido la pintura de un tipo que no conocemos, porque nosotros describimos solamente lo que está al alcance del observador. El gurrupié, por ejemplo, debe saber amarrar; claro es que aquí no se toma la palabra en el sentido literal; y si no sabemos lo que se quiere expresar ¿habremos por esto de renunciar a la descripción de un tipo tan simpático y popular? Lo que únicamente podemos decir en obsequio de los interesados es que cuando amarran, no es por hacer trampas, sino por el deseo de saber la carta que primero viene (deseo bien inocente, por cierto, y que a nadie perjudica. También debe saber enterrar, cosa que no concebimos como pueda verificarse no siendo médico ni sepulturero.

En la conversación usual, no se hace notable nuestro tipo por su facundia ni por su erudición, pues toda esta no pasa de la narración de lo que ocurrió en las ferias de Regla, en tiempos del Sr. Someruelos, cuando en la partida grande, una maldita sota tuvo la culpa de que ahora no se vea él con un hermoso cafetal, casa propia y carruage; aunque a decir verdad, no debe quejarse como otros de la fortuna, pues al cabo tiene, con la protección de su principal, quinientas onzas disponibles para tallar en la capital y en las ferias.

En una sola materia despliega el gurrupié su elocuencia y los primores de una oratoria no futil y de hojarasca, sino sólida y



aun basada en principios importantes de administración y de economía política. Cuando se trata, ya de intento, ya accidentalmente, de las ventajas que a la sociedad reporta el juego y de los incalculables perjuicios que ha ocasionado su prohibición: "Señores, dice lleno de unción y de entusiasmo, con el juego se reanima y embellece la población, todos buscan, todos tienen, y la abundancia, el placer y la expansión reinan por do quiera. Con el juego se vive sin estar el hombre encorvado bajo el peso de un penoso trabajo. Las tiendas venden mas, los cafés, las bodegas tienen un despacho asombroso, y una casa de juego es la providencia del que nada posee, pues con entrar en ella, ya puede contar de seguro que de allí ha de salir armado. ¡Oh témpora, o bellísimas noches en que al mágico son de una ruidosa orquesta se hacian asombrosas jugadas! Ya no se haila, porque el baile y el juego no pueden vivir separados, y ahora cada uno existe, como si dijéramos, en divorcio; siendo la suerte del último mucho mas lastimosa, pues se vé reducido a la clandestinidad y sus alumnos, sin hogar seguro y siempre de allí para aquí, se asemejan en cierto modo, a la maldecida raza condenada por un deicidio a andar errante y vagabunda".

Era ^{en} un tiempo el gurrupié el promovedor de los bailes, pues no había un llamativo mas eficaz para atraer a los incautos alrededor del mágico tapete. Esta circunstancia le daba inmensa popularidad y le conquistaba las simpatias de las niñas de su barrio y de otras muchas. La práctica de dar estos bailes lanzaba al gurrupié en otras especulaciones. Tenía un gran surtido de sillas, sofaes, cuadros, bombas y otros adornos y muebles que alquilaba para funciones particulares, como bodas, bautismos, etc. etc.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

La amabilidad, los buenos modales y la urbanidad, son circunstancias indispensables en el ejercicio que vamos describiendo. En la mesa de juego, aunque siempre con mas ojos que un Argos y atento a las señas de su principal, no podía prescindir del fino trato y deferencia con que había de recibir las puestas para colocarlas en las cartas que se le indicasen. Es verdad que a veces le era necesaria mas paciencia que un Job, muy particularmente cuando brillaban en la mesa las gracias del sexo hermoso, lo que no era, en verdad, un acontecimiento tan raro, que tengamos que colocarlo en la categoría de los fenómenos.

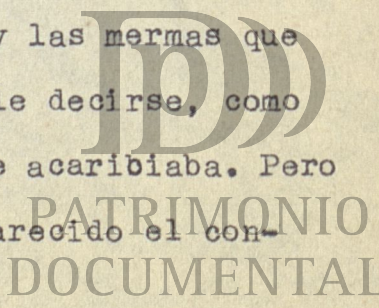
- Señor Gavilán, págume V. mi doblón.
- ¿Pues qué, señora, iba V. un doblón al siete?.
- Si señor; este caballero me lo ha visto poner.

Y por respeto al sexo, nuestro tipo tenía que pagar una puesta imaginaria.

Sucedía también no pocas veces que si el gurrupié recordaba que la señora le había mandado marcar un doblón a una cara, cuando venía la contraria se dirigía con meliflua voz a la dama, diciéndole:

- ¿Cuánto iba V., señora?
- Una peseta; ahí la tiene V. ¡Jesús, que exigencia! ¿Cree V. que no había de pagarla?.

Cuando hasta aquí hemos dicho de nuestro tipo, debes en tu buen juicio comprender, benévolo lector, que se refiere a una época en que no tenía esta profesión las trabas y las mermas que en el día. Entonces el gurrupié vivía, como suele decirse, como el pez en el agua, y la fortuna por do quiera le acaribiaba. Pero los tiempos han cambiado mucho, y casi ha desaparecido el con-



junto de especialidades que constituían este tipo. Los muy pocos que aun lo ejercen por la constante persecución del juego, han perdido muchas ventajas, y a las cargas anteriores tienen ahora que añadir la de buscar el sitio que ofrezca mas seguridad para sus elucubraciones. Es verdad que esta circunstancia no suele ser escasa en buscas y en recursos.

- Señores, decía nuestro Gavilán a varios amigos, a las siete y media, en la calle de... número... pero para evitar que allí se presenten, personas indignas de alternar con caballeros, se ha determinado que la entrada sea a dos pesetas por persona. Allí estará mi compañero para cobrar.

A la hora indicada iban acudiendo los cofrades y soltando, las dos pesetillas. Cuando ya se encontraban reunidos y esperando al buen Gavilán para que abriera la sesión, héte aquí que se aparece este jadeando y pintando en su semblante el mas profundo sobresalto.

-¡Señores! Novedad, exclamó, por ahora sería exponernos... retirémonos; dentro de un par de horas nos volveremos a reunir.

Retirábanse los asustados consocios y a la hora citada volvían, no sin soltar cada uno la cuota señalada.

Despues de un buen rato, vuelve Gavilán y dice:

-¡Novedad!!... me acaban de decir que hay moros en la costa; sería temeridad el que ahora...

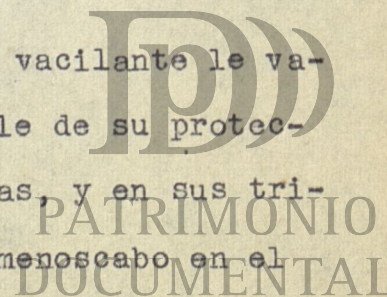
Y los pobres puntos se separaban y volvían siempre exhibiendo el precio de entrada. Y así llevando y trayendo a sus paniaguados de acá para allá, y de novedad en novedad llegaba a reunir nuestro héroe una cantidad muy respetable.

Ya hemos dicho que la fidelidad del gurrupié esa prueba de

bomba. En efecto, mas difícil sería apartar al sol de su carrera que a nuestro tipo de la religiosa exactitud con que rinde las cuentas a su principal. Ni podría ser de otro modo, porque jamás tiene ocasión para cometer la mas leve transgresión del divino precepto que nos prohíbe apropiarnos lo ajeno contra la voluntad de su dueño. El es el que lleva cuenta exacta de las marcas, lo que quiere decir, que los fiados se hacen con su sola intervención. Dígase si en esto cabe gatuperio, ni si puede haber la menor convivencia entre el punto y el banquero. Así cuando veais que el gurrupié coje del banco tres o mas onzas para dárselas a un punto, podeis jurar que la cantidad que declare a su principal que debe aquel, es tan cierta como una verdad matemática.

Condición indispensable en el gurrupié es la de conocer personalmente a todos sus comensales, y tener en la memoria el estado de los negocios de cada uno para arreglar su conducta a la alza y baja. Si cuando un punto, sin sacar dinero, dice; voy tanto a una carta, veis que el gurrupié se apresura a tomar del fondo la cantidad designada para marcarla, bien seguro es que aquel individuo, sin hacer información de ningún género, merece las risueñas miradas de la fortuna. En el caso contrario, el voy no acompañado de la acción será repetido sin que haga mas impresión en los oídos de nuestro hombre que el globo de jabón con que juega el niño cuando se desvanece chocando contra la pared de piedra berroqueña.

La buena correspondencia, la fidelidad nunca vacilante le valen al gurrupié la amistad afectuosa e invariable de su protector. Este será constantemente su paño de lágrimas, y en sus tribulaciones el bálsamo consolador. Cuando algún menoscabo en el



individuo del gurrupié, viene a inutilizarle para el manejo de cubiletos, es decir, para la banca, entonces su Mecenas le destina a un empleo mas sedentario, pero que suele verse expuesto a violentas estorciones. Aunque en la vida del gurrupié todo era dulzura y placeres en un tiempo, ahora, ya no hay tocinos donde había estacas, y estas últimas suelen atravesarse para desvirtuar sus doradas ilusiones. Si veis, pues, algún individuo de la clase honrada de que me ocupo, con un ojo o piernas menos, es bien seguro que esta última la perdió al invadir el tejado de un vecino huyendo del tremendo asalto, y que aquel fue triste despojo del bastón de un comisario, que por sorpresa se introdujo en la mansión honrada, y al atravesar sobre la mesa la insignia de mando con la frase sacramental de: "Señores, aguaiten la caña", tropezó con el azorado ojo de nuestro héroe, convirtiéndole en cíclope moderno.

Entonces es cuando entra en el ejercicio de la plaza que hemos indicado. Como en estas casas se debe temer mucho el carácter violento de ciertas personas, conviene que asistan allí diariamente dos o tres valentones de profesión distinguidos con el nombre de guapos. Es su deber apaciguar los turbulentos ánimos, allanar amigablemente todas las controversias y por último hacer alarde de una fuerza de que casi siempre carecen. Llenan, sin embargo, su cometido con religiosa escrupulosidad, y al ver su aire, sus ademanes de perdonavidas y su desenfado pudiera aplicarseles aquello de:

"Tan necio quereis que sea
 "Que cuando a fingir me ponga
 "Lo haga sin apariencia.

La plaza de guapo es el último escalón de la carrera del gurrupié, o como dicen los muchachos, la última aleluya de la vida



del hombre malo. Ya de esta no puede prometerse ascenso, y en su miseria no le queda mas consuelo que la simpatia de sus colegas, no estéril en verdad, pero siempre casual y tardía, o una plaza en el hospital.

Cuando encontréis por esas calles y cafés un anciano escuálido, macilento, canoso y melancólico, con chupa de dril arrierée en algunos figurines, pantalón blanco ya trahído y desfilachado, sombrero de antigua moda empolvado y mugriento a la vez, no teneis que preguntar cual fué su ejercicio, con solo que oigais dos o tres períodos de su conversación. Cargado con la experiencia de los años, cual otro Nestor, sirve ya únicamente para dar consejos en una materia en que tanto se ha adelantado. Y hastiado, fatigado de una vida sin goces, y aun sin lo necesario, se desata en imprecaciones contra la sociedad actual. Cuando le encontréis, ¡Ojalá que su presencia suscite en vuestro espíritu la reflexión de que ese individuo es un ejemplo palpitante de lo que puede el halago de las pasiones que nos impele a olvidar que ha de llegar una época de achaques, de abandono y de soledad, en que el hombre ha menester de los medios que debe haberle proporcionado una carrera honrosa, y que él ha descuidado o abandonado tal vez, por el incentivo seductor de un modo de vivir que no dá con qué vivir honradamente.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA